

Discurso de aceptación

19 de junio de 2025

Camille Parmesan, galardonada en la categoría de Cambio Climático y Ciencias del Medio Ambiente (XVII edición)

Me complace mucho recibir este premio en la categoría de Cambio Climático y Ciencias del Medio Ambiente, que es un gran honor para mí. Quiero dar las gracias a la Fundación BBVA por su reconocimiento de la importancia del cambio climático y por contribuir con sus premios a informar al público de la relevancia de las ciencias para su propia vida y para la sociedad en su conjunto. También quiero dar las gracias a mi familia, sobre todo a los que han volado desde Texas para estar aquí conmigo, y expresar mi profunda gratitud a mi marido y colega desde hace cuarenta años, por su apoyo incondicional y por alentarme siempre. Por último, quiero dar las gracias al presidente Macron por haberme invitado a investigar en Francia a través de su programa de becas Make our Planet Great Again (Hagamos nuestro planeta grande de nuevo), donde la comunidad científica me recibió con los brazos abiertos, igual que la gente de mi pueblo, situado en las estribaciones de los Pirineos.

Crecí en Texas y pertenezco a la generación de Star Trek. Era la época de los primeros alunizajes, los descubrimientos científicos saltaban a los titulares de prensa constantemente. Para los jóvenes, la marcha del mundo parecía favorable, prometiendo vidas mejores para todos y un futuro lleno de esperanza, paz y descubrimientos. Justo cuando terminaba mi primera carrera universitaria, en los años 80, la situación empezó a cambiar. Se ha tachado cada vez más a las universidades de elitistas, se ha atacado cada vez más a los científicos por no estar en contacto con la gente corriente, y he sido testigo de cómo el respeto por la ciencia se ha ido erosionando gradualmente. Este premio es especialmente pertinente ahora, a la luz de la creciente desinformación no solo sobre el cambio climático, sino sobre la ciencia en general.

El impulso para el trabajo por el que se me premia aquí me vino dado por una subvención de la NASA, pero floreció de verdad cuando me incorporé al Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC,

Intergovernmental Panel on Climate Change) en 1997. Estaba claro que los líderes mundiales necesitaban saber hasta qué punto el cambio climático estaba ya alterando el mundo natural. Era una tarea difícil, porque hay tantas actividades humanas que afectan a la vida de la naturaleza que ¿cómo distinguirlas? Seguí el consejo del gran detective Sherlock Holmes, que decía: «Cuando hayas eliminado lo imposible, aquello que quede, por improbable que sea, será la verdad». Por el método sistemático de la eliminación, llegamos a la conclusión de que, en efecto, el cambio climático está afectando a la mayoría de las especies, modificando cuándo, dónde y cómo viven.

De importancia inmediata para la conservación son los movimientos masivos de las áreas de distribución de las especies que están produciéndose a medida que el espacio climático al que las especies salvajes están adaptadas se desplaza por todo el planeta. Este descubrimiento causó gran angustia en la comunidad conservacionista: estaba claro que la red mundial de áreas protegidas, que tanto había costado crear, no iba a proteger a todas las especies para las que había sido pensada. La conservación en una época de rápidos cambios climáticos exige una nueva forma de pensar que permita introducir cambios dinámicos en las comunidades locales, que promueva esos cambios en vez de obstaculizarlos y que acepte las nuevas oleadas de híbridos que se forman al ir uniéndose especies que históricamente estaban separadas. Este proceso está muy avanzado en el Ártico, donde la reducción del casquete polar ha abierto nuevos pasajes oceánicos y las ballenas y las focas del Atlántico están apareándose con sus parientes lejanos del Pacífico.

Las especies salvajes no tienen en cuenta las fronteras políticas; por ello, para ser eficaz, la conservación necesita más que nunca la coordinación entre países. Abordar los problemas que han surgido a causa del cambio climático provocado por el ser humano requiere que la investigación, la planificación y la acción sean transfronterizas. Los ataques a la ciencia, no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo, llegan en un momento de emergencia climática en el que la cooperación internacional es imprescindible. La ciencia del clima no debería politizarse.

Soy estadounidense y eso me hace optimista. He pasado gran parte de mi carrera luchando contra la ansiedad y el pesimismo que impone la realidad del cambio climático. He intentado hacer llegar a la opinión pública el mensaje de que el cambio climático está alterando el mundo natural, y que esos cambios ya están causando sufrimiento a los seres humanos, especialmente a los pueblos más vulnerables, y en las naciones más vulnerables.

Al hacerlo, me he dado cuenta de que soy «de hemisferio derecho»: sé manejar los hechos científicos y los gráficos de datos de la ciencia para argumentar las conclusiones que he ayudado a elaborar, en mi propia investigación y trabajando con otros en los 27 años que llevo en el IPCC. Pero este enfoque no llega a todo el mundo: he comprendido que el hemisferio izquierdo es el predominante en mucha gente, personas que responden de forma más intuitiva al mundo que les rodea y a quienes mueven más los sentimientos que los hechos. Por eso trabajo cada vez más con artistas —de las áreas del cine y la fotografía— y pienso dedicar parte de mi premio a seguir afianzando el compromiso entre arte y ciencia. Directoras de cine como Heidi Morstang y Gaby Bastyra, aportando su visión «desde fuera» del mundo de la ciencia y una

fotografía de impresionante belleza, me han ayudado a contar la historia del cambio climático y de cómo está alterando el mundo natural. Sé cómo llegar a la mente de las personas, pero necesito artistas que me ayuden a llegar al corazón.

En suma, agradezco a la Fundación BBVA su estímulo práctico y moral para continuar con este trabajo en estos tiempos tan difíciles para la ciencia.